

Vida cotidiana e ideología en los obreros de la segunda mitad del siglo XIX

Lic. Damián Paikin¹

Introducción

A mediados del siglo XIX, los obreros de gran parte de Europa, impulsados por el crecimiento en su número que le había aportado el derrame de la revolución industrial y alentados por las ideas de algunos intelectuales, decidieron converger en la Asociación Internacional de Trabajadores, más conocida como la I Internacional.

Este encuentro dio visibilidad al enfrentamiento teórico y político, que inorgánicamente, se venía dando entre dos de las principales corrientes ideológicas que sustentaron y, en parte, aún hoy sustentan la práctica del movimiento obrero a nivel mundial: el socialismo, propugnado por Karl Marx y Frederick Engels, por un lado y las corrientes anarquistas, lideradas por Mihail Bakunin, por el otro.

Tan importante fue el debate en torno a estas ideas, que finalmente en 1872, la I internacional se dividió entre los seguidores de una y otra corriente, para finalmente terminar diluyéndose, ante la debilidad en que quedó sumido el movimiento obrero organizado tras el cisma ideológico – político.

Ahora bien, si, retomando a Marx (1995), consideramos que es la vida material la que crea y condiciona las ideas de los hombres, y no las ideas las que condicionan la vida cotidiana, como es posible que los obreros que, aparentemente traían consigo experiencias similares de opresión por parte del capital, hayan generado dos ideologías tan diferentes al punto que sus disputas llevaron a la disolución de la Internacional.

Justamente, la hipótesis que guía este trabajo y que intentaremos contrastar es que los obreros socialistas y los obreros anarquistas, aunque similares en su posición social en relación al capital, vivían, producían y entendían la realidad en forma diferente y que por tanto era de esperarse que

¹ Becario doctoral CONICET, Docente de la materia Historia Social Contemporánea, cátedra Rofé Carrera de Relaciones del Trabajo, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

llevaran adelante ideas y formas de acción sustancialmente encontradas y que sus utopías imaginadas también fueran diferentes.

Particularmente nuestro planteo se puede concretizar en la siguiente idea: La afiliación a una u otra ideología tenía más que ver con el momento del desarrollo del capital al que se enfrentaba el trabajador, que con las cuestiones política – organizativas coyunturales de su país o su región. Así, siguiendo nuestro razonamiento, mientras los obreros socialistas corresponderían a un momento del desarrollo industrial más avanzado, donde la producción se organizaba en grandes fábricas, ubicado sobre todo en el norte de Europa, los anarquistas se ubicarían sobre todo en las zonas de desarrollo fabril atrasado, donde el pequeño taller y la referencia artesanal seguían siendo el eje del proceso productivo.

En virtud de estas ideas previamente explicitadas y con el fin de llegar a una explicación consistente del objeto a estudiar, el presente trabajo se estructurara de la siguiente manera. En primer lugar intentaremos reproducir el contexto histórico, político y social con el que se encontraron los obreros a mediados del siglo XIX, para luego muy brevemente pasar a describir las ideas principales de la corriente socialista y la corriente anarquista. Una vez planteado el escenario, el desafío será, para poder arribar a las conclusiones, explicar y encontrar en la realidad los puntos de encuentro entre esa “vida cotidiana” de los obreros y los nexos que los llevaron a abrazar una u otra ideología.

Europa a mediados del siglo XIX:

Un continente entre dos mundos; el capitalismo y la sociedad feudal

Tras largos años de dominio total de la economía mundial por parte de Gran Bretaña, para mediados del siglo XIX, el desarrollo capitalista había logrado cruzar con fuerza el Canal de la Mancha y se había instalado sobre todo en la parte norte de Europa. Holanda, Bélgica, Francia y Alemania habían comenzado a levantar sus propias fábricas, vinculadas sobre todo con la minería y la industria siderúrgica.

Bélgica, por caso, se convirtió en la década del '60, gracias a sus minas de carbón, en la segunda potencia industrial del mundo, superando a una Alemania que no terminaba de organizar su producción debido principalmente a la falta de unidad política. Así, si bien desde 1840, sobre todo en la cuenca del Ruhr se había comenzado a llevar adelante la explotación carbonífera, será recién tras la unidad alemana de 1871, cuando la nueva nación logre su despegue definitivo que lo llevara a comienzos del siglo a contar, gracias a sus cuencas Alta Silesia, Aquisgran y Sajonia, que se sumaron a la ya mencionada del Ruhr, con una producción de hulla similar a la británica (Vázquez de Prada, 1973)

Francia, por su parte, se hallaba a medio camino. La reforma agraria dada por la Revolución Francesa había generado dos fenómenos que retrasaban fuertemente la industrialización. Por un lado, una gran cantidad de campesinos habían pasado a ser dueños de su tierra y eran un sector social importante que presionaba por una mayor atención al campo, por sobre la industria. Por el otro, la misma entrega de tierras había disminuido considerablemente la disponibilidad de mano de obra campesina que pudiera servir de base al proletariado industrial, como sucedió tras los procesos de cercamientos y limpieza de fincas (Marx, 2004) en la Gran Bretaña de fines del siglo XVIII.

Pese a esta realidad, durante el gobierno de Napoleón III y gracias a la política aduanera proteccionista llevada adelante por el “rey ciudadano”, se comenzó a desarrollar un polo industrial vinculado principalmente a la industria textil, que dio vida a un incipiente proletariado industrial (Avendroth, 1970), que se concentraba en pequeños talleres y emprendimientos cuasi artesanales para dar vida a sus producciones.

Así y todo, la escasez de yacimientos carboníferos y los pocos depósitos de hierro, limitaron notablemente el crecimiento industrial francés durante el siglo XIX, frustrándose definitivamente, luego de la derrota en la guerra Franco – Prusiana de 1871. Con las regiones de Alsacia y Lorena (territorios ocupados por Prusia) se fueron un cuarto de los cultivos de algodón y casi la totalidad de las reservas de hierro con las que contaban los franceses.

Suiza, por último, contaba con un pequeño desarrollo en el ámbito de la óptica y la relojería, que se desarrollaba a horcajadas entre el artesanado y los pequeños talleres industriales.

En los demás países, Italia, el Imperio Austro – húngaro, Rusia, la industrialización era verdaderamente incipiente y será recién en los comienzos de los años '70 cuando se podrá comenzar a hablar de un verdadero germen del movimiento obrero.

Las ideas de la clase obrera: Anarquismo y Socialismo

Dentro de este contexto de desarrollo industrial incipiente, en algunos casos, y más avanzado, en otros, se fueron perfilando las dos principales corrientes del pensamiento obrero: el socialismo y el anarquismo. Sin ánimo de hacer aquí un estudio detallado sobre ambos cuerpos teóricos – ideológicos, haremos de todas formas un breve repaso para poder luego usarlo como referencia a la hora de entender su vinculación con la vida cotidiana de los trabajadores.

El anarquismo posee como pilar básico la idea de la libertad. Libertad individual lograda a partir del fin de la opresión que sufren los obreros a manos los tres referentes fundamentales de la dominación: el patrón, el Estado y la Iglesia.

Para lograr esta emancipación del trabajador, los anarquistas reconocen como principal elemento de lucha la huelga general, es decir el combate en el terreno económico social, despreciando la lucha política y la organización partidaria. No entra dentro del pensamiento anarquista la idea marxista de la toma del Estado, siendo únicamente la destrucción del mismo el objeto de la lucha (Bakunin, 2002). De hecho, el Estado proletario planteado por Marx es, para el movimiento anarquista, una nueva y distinta forma de dominación y opresión.

El uso de la violencia individual, inorgánica, es justificada como legítima defensa del trabajador frente a quienes lo oprimen, siendo numerosos los casos en la historia en que fue empleada con relativo “éxito” esta metodología, llegando a asesinar al presidente norteamericano William McKinley y al zar ruso Alejandro II.

En cuanto a la organización, el movimiento anarquista muestra un rechazo por las estructuras verticales y prefiere la horizontalidad como forma de ordenamiento, dejando de lado escalafones y jerarquías. Como ejemplo de esto

se pueden citar las milicias anarquistas del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) durante la Guerra Civil Española (Termes, 2002), que fueron desarmadas por el gobierno republicano luego de negarse a aceptar ser parte regular del ejército popular, siendo una de sus principales demandas la elección democrática de sus comandantes mediante el voto de los milicianos.

Por otro lado, el socialismo lleva adelante como premisa principal la igualdad, siendo su lucha principal la abolición de la sociedad de clases sostenida por la burguesía. Para ello reconoce como métodos válidos la huelga pero también la organización en partidos políticos con el fin de llevar adelante la revolución que ponga en manos de los obreros el aparato del Estado. Una vez terminado el periodo de transición, será el propio Estado el que se extinguirá durante el comunismo al no tener razón de ser dada la inexistencia de clases. (Marx, 1995) La participación en elecciones y la lucha parlamentaria es aceptada por algunas corrientes.

Con respecto a la organización, los socialistas apoyan las estructuras centralizadas y jerárquicas como la mejor forma de llevar a cabo sus luchas. Por ello en gran medida se descrea de la acción individual e inorgánica. La violencia, si bien no es repudiada, solo se entiende como violencia de la clase contra la burguesía y no violencia individual.

En definitiva, estos son algunos de los conceptos que nutren los corpus teóricos de cada una de estas expresiones ideológicas. Queda por entender, según el planteo del comienzo, cuales fueron las materialidades cotidianas que le dieron origen.

La I Internacional: El encuentro de lo distinto.

En 1864 se reunieron en Londres por primera vez representantes de 4 naciones entre los que se contaba Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Suiza, más precisamente Ginebra, único cantón que mandó representantes con el fin de dar nacimiento a la I Internacional. Con el correr de los años, se sumaron delegaciones de Italia, España y finalmente de Alemania, la cual había permanecido alejada por una disputa entre Marx y el principal dirigente obrero alemán, Ferdinand Lasalle (Droz, 1979). De todas formas vale aclarar a los fines

de este trabajo que los obreros alemanes, pese a las diferencias de sus líderes, eran socialistas.

Apenas reunida la Internacional, comenzaron los debates entre los delegados franceses vinculados a las ideas de Proudhon y los socialistas sobre todo en relación a las formas de organización, el debate sobre la propiedad de la tierra (defendida por los franceses) y la participación política.

Los franceses entendían que si bien había que luchar contra el gran capital y generar espacios de crédito y mutuales de ayuda, la propiedad privada del pequeño productor no debía entrar en disputa, así como tampoco la propiedad campesina. Su mundo utópico era el mundo de los pequeños propietarios.

Y no es raro pensar que así fuera ya que los miembros del “movimiento obrero” francés eran, en principio, pequeños propietarios de talleres textiles, abrumados por el nacimiento de grandes fábricas que los condenaban a la ruina (Avendroth, 1970). No había en Francia proletariado realmente industrial, dada la ausencia, ya comentada, de carbón para poner en marcha la industria siderúrgica.

Como extensión de su sector social, veían en el pequeño campesino, también pauperizado, un aliado imprescindible en su lucha, y por tanto hacían extensible el reclamo de la propiedad privada a la propiedad de la tierra.

Con el avance de los años y la industrialización, este sector comenzó a perder fuerza y su debate fue reemplazado por el debate central entre los anarquistas y los socialistas. ¿Quiénes eran los representantes de cada uno de ellos?

Por el lado anarquista, los primeros que alzaron la voz fueron los representantes de Ginebra, a quienes luego se sumaron los italianos encabezados por Mihail Bakunin y finalmente los españoles.

Del bando socialista, por su parte, se concentraban los representantes belgas, los franceses posteriores a Proudhon y finalmente los alemanes marxistas, quienes se integraron a la Internacional en 1872.

La primera conclusión que se puede extraer de esta división es que existía un reparto geográfico en las adhesiones (esto no quiere decir que por ejemplo, no existieran anarquistas en Alemania, pero la hegemonía pasaba por el

socialismo) que a la vez se relaciona con las distintas etapas de desarrollo en la que se encontraban cada uno de los países.

De esta forma podemos decir que, mientras el anarquismo logró sumar su fuerza en los países mediterráneos de desarrollo menor, el socialismo primó en el norte de Europa. (Hobsbawm, 1987). ¿Por qué ocurrió esto?

La respuesta está en el sujeto social que nutrió a cada una de estas corrientes. El anarquismo es la expresión de aquel obrero que aún mantiene nexos profundos con el artesanato, al tiempo que el socialismo es la cara del proletario industrial de la gran fábrica.

El caso suizo, donde destaca el sector relojero, servirá claramente para explicar el mundo del trabajador anarquista.

Para mediados del siglo XIX, mayoritariamente, la producción relojera se realizaba en pequeños talleres o incluso en forma domiciliaria, siendo los maestros relojeros empleados de los grandes comercializadores. Por tanto, la sociabilización horizontal entre los trabajadores era casi nula. Cada uno de ellos era responsable del conjunto de la producción, desde el comienzo hasta el final, y por tanto sabía de su valor personal dentro del ciclo productivo. Tenía, en definitiva, un profundo orgullo por su oficio. (Chomsky, 2003)

Frente a este trabajador se alzaban dos enemigos. Por un lado su patrón o el comercializador, quien lo obligaba a trabajar a destajo por menos dinero del que le correspondía y, por el otro, el Estado, que acudía en defensa del patrón ante cualquier problema y desplegaba su faceta represiva, de hecho la única que conocían los trabajadores en los países anarquistas, mayormente con regímenes autocráticos.

Impedidos de accionar políticamente, justamente por la inexistencia de canales reales para ello, los obreros anarquistas, relojeros en este caso, se levantaban frente a sus patrones en forma violenta. Dada la inexistencia de lazos horizontales, esta violencia era a la vez espontánea e inorgánica. Su utopía, por último, era lograr liberarse de los patrones y del Estado represar y poder vivir en libertad. Libertad de manejar sus tiempos de producción, sobre todo.

Aquí, tenemos entonces la materialidad del anarquismo. Dado que el obrero-artesano se sabía central en el proceso productivo, no necesitaba de la fuerza del número para generar un conflicto. Él, como individuo, podía alterar el proceso productivo. Por tanto, la acción individual era rescatada por el

anarquismo, así como el rechazo a la lucha política, ya que el Estado era sólo visto como represión. En este marco la violencia espontánea también era valorada como un acto de valentía. Matar al patrón era un paso más hacia la libertad.

Orgulloso de su oficio y su capacidad, además, no aceptaba nadie por encima de él y por tanto despreciaba las jerarquías y la organización centralizada. Su ideal de libertad lo encontraba a él sólo en ese nuevo mundo, autosuficiente, sin necesidad de otros para organizar su vida.

Así, entonces, aparecen todos los elementos que dan vida a la ideología anarquista. El desprecio por el patrón². La reivindicación de la acción individual, vinculada a la inexistencia de lazos horizontales y al propio valor que se asignaba cada obrero en el proceso productivo en virtud de su oficio. No es en vano que los sindicatos anarquistas se organizaran por oficio (zapateros, maquinistas, panaderos, entre los más importantes) y no por rama de industria como los socialistas.

Aparece también el rechazo al Estado, dada la omnipresencia represiva que tenía en esas sociedades, sin mostrar ninguna mediación reformista, y la exaltación de la violencia individual como libertaria. Por último, el mundo soñado, el mundo de la libertad, recupera el sentimiento individualista del artesano, por sobre un sentimiento clasista.

Por otro lado, el trabajador socialista, aquel que se va a inclinar por las ideas propugnadas por Marx, tiene su origen en las grandes fábricas. Donde más crudamente se verá el nacimiento de su pensamiento será en las minas de carbón. Esto se debe a dos cualidades de dichas producciones. La primera es que las minas suelen estar alejadas de las poblaciones y por tanto una vez que se encuentra un yacimiento crece a su lado un pueblo minero donde los únicos habitantes son los dueños de las minas y los obreros. Por el otro, las minas no necesitan ninguna calificación para trabajar en ella. Sólo tener fuerza para levantar la pala. Esto atrajo a muchísimos campesinos devenidos en proletarios.

Pues bien, tomemos el caso de un obrero belga del carbón. En primer lugar, sabe, a diferencia del relojero suizo, que su función en la mina no es vital para el conjunto de la producción. Si él decide parar por sí mismo, él es el único que resultará afectado y probablemente despedido. Para que su reclamo tenga

² El lugar de la Iglesia proviene del papel central que tenía en el control social dicha institución sobre todo en las sociedades más atrasadas

un efecto, todos los obreros de la mina deberán parar. Y mejor si lo hacen todos los obreros de todas las minas, y mejor si son todos los del país y mejor si son todos los del mundo. Esto esta en la lógica propia de un obrero industrial y es la base del internacionalismo socialista.

En segundo lugar, el obrero fabril no es responsable del conjunto de la producción, sino que necesita de otros tantos obreros para llegar al resultado final. Además su vida, desde que despierta hasta que va a dormir e, incluso, mientras duerme, dadas las pésimas condiciones de subsistencia que debían soportar los proletarios durante esa época, discurre en compañía de otros obreros. Por tanto, los vínculos horizontales son muchos y permanentes. Incluso su vestimenta es igual a la de sus compañeros, sus diversiones son las mismas, que se oponen a la forma de vestir, de divertirse, de comportarse, de otro grupo de gente que son los dueños y gerentes de las minas. Allí la idea de que existen dos clases contrapuestas cultural, económica y socialmente es algo palpable cotidianamente.

Volviendo al ámbito de la producción, su complejidad impide que se pueda organizar fácilmente, y por tanto aparece como evidente la necesidad de, en primer lugar, organización y, en segundo lugar, un comando centralizado que pueda ver la totalidad del proceso, así como jerarquías que no se discutan durante la acción productiva.

Por último, en relación al Estado, por su número cada vez más importante, muchos gobiernos comenzaron a otorgar beneficios a los trabajadores para evitar su radicalización, como fue el caso británico, o el alemán, donde por cuestiones internas a la política burguesa³, Bismarck generó una alianza con el proletariado con el fin de condicionar a los liberales. Esto llevo a que los trabajadores vean una cara distinta a la represiva por parte del Estado, una posibilidad de usarlo como mediador en el conflicto de clases y, en algunos casos, como un espacio a tomar a través del voto.

La posibilidad de cooptar el Estado y desde allí llevar adelante las reformas es un punto central en la política socialista, que plantea un futuro donde entre todos se pueda construir una sociedad igualitaria. Incapaz de pensar la organización de la sociedad, así como tampoco de la producción, sin la

³ Buscando aplastar el moviendo liberal – burgués el Canciller Bismark entregó el voto a los obreros y les dio ciertas mejoras en las condiciones laborales, para evitar que se alien con la burguesía en contra de la monarquía.

compañía de otros obreros, la utopía que construyen los proletarios fabriles es la de un mundo donde cada uno tenga lo que necesite para vivir dignamente. La consigna “de cada cual según su capacidad, a cada cual según su necesidad”, escrita por Marx en “El manifiesto Comunista”, no es más que la más perfecta síntesis de este ideario social.

Planteados de esta manera los dos mundos cognitivos sobre los que construían sus realidades los obreros que darían vida y sustento al socialismo y aquellos que lo harían por el anarquismo, no debería ser de extrañar que al poco tiempo de convivir dentro de la Internacional, los conflictos explotaran. Y no casualmente lo hicieron en relación a dos puntos: Primero la organización y segundo, la relación con el Estado y con las formas de acción política.

En relación al primer punto el debate se centró en la necesidad o no de la existencia del Consejo General que aparecía como el órgano conductor de la Internacional. Negados a la existencia de jerarquías, los anarquistas con Bakunin a la cabeza plantearon la necesidad de reducir las funciones del Consejo a la de una estafeta postal, donde todas las secciones nacionales pudieran enviar sus ideas, y el Consejo distribuirlas a las demás.

Obviamente detrás de esta lucha estaba el intento por parte de Bakunin de desplazar a Marx del lugar de poder que había conseguido como miembro del Consejo General, pero de todas formas no deja de tener importancia la justificación del pedido: no debía existir en el movimiento obrero ninguna persona que valiera más que otra.

En relación al segundo punto, la discusión quedo planteada tras la derrota de la Comuna de Paris en 1871. Mientras Marx y los socialistas entendieron el momento de reflujo que esa derrota significaba y plantearon la necesidad de replegarse para fortalecer las bases de los emergentes partidos y sindicatos socialistas, los anarquistas continuaron bregando por la acción directa sin dilaciones, hasta llegar a la huelga general revolucionaria. En esto peso nuevamente la idea anarquista de que cada sección nacional debía moverse por separado y no responder a la lógica general del movimiento, por lo cual lo sucedido en Francia en nada afectaba al proletariado italiano, por ejemplo.

Sin posibilidades de síntesis, finalmente en 1872 la Internacional se quebró entre los anarquistas y los socialistas, aunque a los pocos años, ambos agrupamientos habían dejado de existir. Habrá que esperar hasta 1889 para que

nuevamente y de la mano de la Socialdemocracia alemana vuelva a tomar vida un encuentro internacional de los trabajadores, la llamada II Internacional, en donde los anarquistas directamente no fueron admitidos.

Conclusiones

La Europa de mediados del siglo XIX aún cabalgaba sobre dos mundos totalmente distintos. Como diría Gramsci, aún lo viejo no acababa de morir y lo nuevo no terminaba de nacer. Realidades feudales se mezclaban con fábricas industriales y los príncipes todavía en muchos países se resistían a abandonar el poder a manos de la ascendente burguesía. Y así como sucedía entre los sectores dominantes, también entre los oprimidos se producía una simbiosis entre el artesanado proto-industrial y el obrero moderno de las grandes fábricas.

Dentro del mundo capitalista en ebullición, ambos sectores representaban el mismo lugar de dominados. Sin embargo, eran distintos y por tanto sus marcos de acción y sus formas de pensar y pensarse a si mismos también diferían. De ninguna manera era lo mismo trabajar en un taller, que en una gigantesca fábrica, como tampoco saberse poseedor de un conocimiento que dotaba de valor a quien lo portaba, que sólo contar con su fuerza como mercancía.

Así, mientras el primero podía aún darse el lujo de emprender en soledad acciones de resistencia, o a lo sumo en concordancia con sus compañeros de oficio, el segundo sólo podía hacer valer su poder cuantitativo. Sólo ya no tenía valor y por tanto, desde allí, todas sus acciones de resistencia debían obligatoriamente pensarse dentro del marco de un colectivo.

Esta diferencia en la vida cotidiana, en el ámbito de la producción, por también en el del esparcimiento, es la que va a determinar las diferencias entre el pensamiento anarquista y el socialista y lo que va a marcar de lleno los debates del movimiento obrero hasta principios del siglo XX.

Finalmente será el avance del capitalismo a escala global el que será el gran árbitro que pondrá fin a esta disputa. Al aumentar el desarrollo productivo y triunfar el modelo fordista, el obrero – artesano de oficio ira desapareciendo y con él el anarquismo que ira corriendo detrás de su sujeto social hasta los confines del mundo. Para principios del siglo XX ya habrá dejado el centro de

Europa para ubicarse en los márgenes y en sectores campesinos de España y la Rusia zarista, y viajara con los inmigrantes a América, haciéndose fuerte en las aún atrasadas economías de los Estados Unidos y la Argentina. Será finalmente en América donde el anarquismo tendrá sus últimos destellos hasta finalmente agotarse tras la Segunda Guerra Mundial.

Sin dudas la propia acción de los socialistas y en particular de los comunistas de Stalin, tuvo mucho que ver en la debacle del anarquismo, con matanzas y fusilamientos, pero la desaparición no se explica solo con eso, sino con el fin social del sujeto que le dio vida.

El socialismo en tanto, reverdeció y creció durante todo el siglo XX, hasta que también su sujeto en la década del '80 del siglo XX comenzó a flaquear frente a la revolución de las tecnologías, la terciarización, la globalización y el neoliberalismo. Hoy subsiste en algunos países pero ya mutado a economías de mercados estatales, más que otra cosa.

En definitiva, lo que hemos tratado de demostrar es como cada sujeto social creó su propia utopía en base a su vida cotidiana y, sobre todo basándonos en la historia, creemos haberlo logrado.

Bibliografía

- Avendroth, W. (1968) Historia Social del Movimiento Obrero Europeo, Ediciones de la Cultura, Madrid.
- Bakunin, M. (2002) Escritos de Filosofía Política. El anarquismo y sus tácticas. Alianza, México.
- Droz, J (1979) Historia del Socialismo, Destino, Barcelona
- Chomsky, Noam (2003) Anarquismo, Nordam, México
- Hobsbawm, E (1998). La era del Imperio (1875-1914), Crítica, Buenos Aires
- Marx, K (1997) El manifiesto comunista, Editores Unidos, México
- Marx, K (2004) El Capital, Siglo XXI, Madrid
- Marx, K. (1995) El Dieciocho Brumario de Luís Bonaparte, Ediciones de la Comuna, Montevideo.
- Termes, J (2002) Anarquismo y Sindicalismo en España, Critica, Barcelona